



El general Prats y el gobierno de la Unidad Popular

Mario Amorós*

* Trabajo presentado en 1999 en la Universidad de Barcelona para los cursos de Doctorado de Historia de América.

1. INTRODUCCIÓN.

He escogido este tema por mi interés por la historia más reciente de Chile, sobre todo por el periodo de la Unidad Popular. Fue un periodo excepcional de la historia contemporánea ya que, por primera vez, se intentó construir el socialismo “en democracia, pluralismo y libertad”, según acostumbraba a afirmar el Presidente Allende.

Además, en aquellos mil días las Fuerzas Armadas jugaron un papel determinante. Dirigidas por Carlos Prats hasta agosto de 1973, fueron decisivas para evitar que triunfaran varios intentos de golpes de estado. Sin embargo, la llegada de Pinochet a la jefatura del Ejército cambió la correlación de fuerzas en el seno de las Fuerzas Armadas y la sublevación del 11 de septiembre triunfó sin apenas oposición.

En este trabajo intento aproximarme al papel que este general jugó durante los tres años de gobierno de Salvador Allende. Con una trayectoria profesional impecable, a Prats le correspondió dirigir las Fuerzas Armadas chilenas entre octubre de 1970 y agosto de 1973. Como su antecesor, el general René Schneider, Carlos Prats fue asesinado (el 30 de septiembre de 1974 en Buenos Aires, junto a su esposa Sofía Cuthbert) por ser leal a su juramento de fidelidad a la Constitución de 1925.

La principal fuente de mi trabajo ha sido la excelente autobiografía de Prats, quien a lo largo de 610 páginas relata con detalle los principales acontecimientos de su vida, con especial atención a la etapa en que fue comandante en jefe del

Ejército, que coincidió, como ya he dicho, con el gobierno de Salvador Allende. También me apoyo, por supuesto, en parte de la mejor bibliografía sobre el periodo, así como en prensa chilena de la época.

2. SEMBLANZA DEL GENERAL PRATS.

Carlos Prats nació en Talcahuano el 2 de febrero de 1915. Su padre era militante del Partido Radical y él era el mayor de cuatro hermanos. En 1931, a los 16 años, entró en la Escuela Militar. Al licenciarse, recibió del presidente liberal Arturo Alessandri Palma la distinción como el mejor alumno de su promoción. Oficial de Artillería desde 1934, sirvió en diversas guarniciones del país. A comienzos de 1944 se casó con Sofía Cuthbert, en Iquique. De su matrimonio nacieron tres hijas, Sofía, María Angélica y Cecilia.

Carlos Prats cumplió el Curso Regular para Oficiales de Estado Mayor en la Academia de Guerra, ocupando el primer lugar de su promoción. Algunos años después fue profesor en ella. Después de ser comandante del Regimiento "Tacna" de Santiago, en 1964 y 1965 ejerció como agregado militar en la Embajada en Buenos Aires.

A su retorno continuó su carrera militar y asumió cargos de mayor responsabilidad. El 26 de octubre de 1970, tras el asesinato del general Schneider, el presidente Eduardo Frei le designó como nuevo comandante en jefe del Ejército, nombramiento que después fue ratificado por Salvador Allende.

Carlos Prats fue nombrado ministro del Interior y vicepresidente de la República en noviembre de 1972, tras una prolongada huelga patronal que paralizó el país y

ocasionó pérdidas por valor de 200 millones de dólares. El 23 de agosto de 1973, después de soportar una creciente campaña de desprestigio por parte de la prensa opositora y de perder la confianza de muchos de sus inmediatos subordinados, que apostaban ya por el golpe de estado, Prats presentó a Allende su renuncia irrevocable.

El Presidente de la República nombró como sucesor a Pinochet, a quien creían constitucionalista. Tras el golpe de estado del 11 de septiembre, Prats marchó al exilio a Argentina junto con su esposa. Ambos fueron asesinados por la DINA un año después.

3. ¿UN PAÍS PECULIAR?

Entre 1932 y 1973, Chile tuvo un régimen constitucional casi único en una América Latina sometida por los populismos de Vargas o Perón o las dictaduras militares de Duvalier, Stroessner, Somoza... Desde 1932 los militares se enclaustraron en los cuarteles, de manera gradual se fue ampliando el derecho al voto y la izquierda pudo participar en el juego político, aunque el PCCh estuvo ilegalizado entre 1948 y 1958.

El sociólogo Tomás Moulian asegura que durante aquellas cuatro décadas Chile construyó el mito de tener una “democracia ejemplar, cuando tuvimos siempre una democracia política en proceso de perfeccionamiento, pero con una sociedad muy oligárquica y muy autoritaria en sus jerarquías”¹. Este “mito” lo asumieron amplias capas de la población chilena, impregnó el discurso y la praxis de la izquierda y es imprescindible para entender la “vía chilena al socialismo”.

Otra peculiaridad de la política chilena es el origen de sus partidos de izquierda. El 4 de junio de 1912, Luis Emilio Recabarren, un obrero tipógrafo, fundó en Iquique el Partido Obrero Socialista. Tras la Revolución de Octubre, en enero de 1922, el POS se adhirió a la III Internacional y se convirtió en el Partido Comunista de Chile (PCCh).

El Partido Socialista de Chile (PSCh) se creó el 19 de abril de 1933. Salvador Allende fue uno de sus fundadores. El PCCh y el PSCh lucharon juntos por primera vez en el Frente Popular, que llevó en 1938 al radical Pedro Aguirre Cerda a La Moneda.

En 1952 uno de los dos partidos socialistas (se dividieron en los años 40) y el Partido Comunista apoyaron a Allende como candidato a la presidencia. Aunque éste apenas logró un 5% de los votos, su candidatura sentó las bases de la unidad socialista-comunista que, ampliada, daría lugar a la Unidad Popular.

Los años 50 fueron decisivos para la estrategia de la izquierda chilena. En 1953 se creó la Central Única de Trabajadores (CUT), la gran central sindical chilena. En 1956, en su X Congreso, el Partido Comunista apostó por la vía pacífica para llegar al poder. En julio de 1957 el PSCh se unificó. En 1958 Allende, candidato del Frente de Acción Popular, perdió las elecciones presidenciales por apenas 30.000 votos.

En 1964 la derrota de Allende ante Eduardo Frei, cuya campaña fue financiada con veinte millones de dólares por Estados Unidos², extendió el escepticismo entre sectores de la izquierda chilena sobre la viabilidad de la vía electoral. Así, en 1965, se creó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), cuya declaración de principios sostenía que “la insurrección armada” era el único camino para

construir el socialismo.

Para el Partido Comunista, la derrota de 1964 evidenció que debía ampliarse la alianza a sectores medios para acercarse de manera gradual al socialismo. Era la línea del Frente de Liberación Nacional. “La clase obrera no puede ser hegemónica si se encuentra aislada”, afirmaba entonces el PCCh.

En cambio, el Partido Socialista radicalizó su línea del Frente de Trabajadores (una alianza exclusiva del proletariado para hacer la revolución socialista). En su Congreso de 1967 el PSCh se declaró leninista y proclamó que “la violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento”³. Este discurso insurreccional, cuyo eco aumentó entre 1970 y 1973, era pura retórica y Allende nunca lo compartió.

Chile acudió a las urnas el 4 de septiembre de 1970 para elegir a su nuevo presidente. Entonces el país tenía casi diez millones de habitantes y una economía subdesarrollada y dependiente. El 60% de las familias recibía el 17% de las rentas y el 2% de ellas el 45%; 1.265.000 trabajadores recibían ingresos inferiores al salario mínimo.

El capital extranjero controlaba el 89,8% de las sociedades anónimas industriales⁴. El 20% de los partos se producían sin atención médica, la mortalidad infantil era del 78,7 por mil, faltaban 585.058 viviendas y un millón de niños no iban a la escuela.⁵

En enero de 1970 Salvador Allende fue elegido candidato de la Unidad Popular (UP). La UP nació en 1969 y estaba integrada por los partidos Comunista, Socialista, Radical, Socialdemócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria

(MAPU, una escisión de la Democracia Cristiana) y la Acción Popular Independiente. Por tanto, la composición de la Unidad Popular coincidía con la línea política del Partido Comunista.

El programa de la UP contemplaba la nacionalización de la gran minería, la estatización de las industrias estratégicas y la participación de los trabajadores en su gestión, la intensificación de la reforma agraria, una política internacional en favor de la paz y la integración de Chile entre los Países No Alineados, el reparto gratuito de medio litro de leche diario a todos los niños, la mejora de la sanidad y la educación...

Allende, “marxista reconocido” según la prensa norteamericana del momento, venció en las elecciones presidenciales con 1.075.616 votos, el 36,2%, 30.000 más que el candidato de la derecha, Jorge Alessandri. Como Allende obtuvo mayoría relativa, el parlamento debería elegir al nuevo presidente entre él y Alessandri, aunque, si se cumplía la tradición, éste debía ser Allende. No obstante, para ello necesitaría el voto favorable de los parlamentarios democristianos ya que la UP estaba en minoría.

Después de la victoria de Allende, una viñeta de un diario conservador chileno mostraba a San Pedro asomado desde una nube sobre la cordillera chilena; un angelito le pregunta: “¿Qué estás viendo?”. San Pedro contesta: “La caldera del diablo”⁶. Así veían los sectores conservadores chilenos la inminente llegada de la izquierda al poder. Muchos de ellos dejaron el país, vendieron sus propiedades, sacaron su dinero...

Por su parte, el general Carlos Prats consideraba “audaz” la “experiencia de pretender avanzar hacia el socialismo –en democracia, pluralismo y libertad-

dentro de la órbita continental del liberalismo”.⁷

4. EL ASESINATO DEL GENERAL SCHNEIDER.

Durante los “sesenta días rojos”, entre las elecciones y la investidura presidencial de Allende, fue decisiva la posición constitucionalista de las Fuerzas Armadas. El 26 de septiembre la Democracia Cristiana decidió apoyar a Allende en el parlamento, pero exigió a la UP la aprobación de un Estatuto de Garantías Constitucionales.

El legalismo de la cúpula militar impidió que el intervencionismo norteamericano diera sus frutos entonces. El 27 de junio Henry Kissinger, asesor del presidente Nixon, había asegurado: “No encuentro razones para observar con indiferencia cómo un país marcha hacia el comunismo debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo”.⁸

Según una estimación de la CIA del 7 de septiembre, Estados Unidos no tenía intereses vitales en Chile, pero la elección de Allende supondría un claro progreso para las ideas marxistas en el mundo. En especial, Washington temía la influencia del ejemplo chileno en los poderosos partidos de izquierda de Europa occidental.⁹

Después de la victoria de Allende, la CIA y la ITT intentaron impedir que fuera investido presidente, como revelaron los “Documentos Secretos de la ITT” que salieron a la luz en marzo de 1972.

El 15 de septiembre Nixon autorizó a la CIA involucrarse en un golpe de estado militar en Chile¹⁰. El 19 *The New York Times* afirmó: “El golpe militar sería deplorable en un país libre de semejantes acciones a lo largo de 40 años.

Intervenir para sostener la Constitución y salvaguardar la libertad sería menos deplorable y menos arriesgado que permitir al Dr. Allende imponer una dictadura marxista de un solo partido”.¹¹

El general Schneider había asumido la jefatura del Ejército el 27 de octubre de 1969. En diciembre de ese año Carlos Prats entregó al ministro de Defensa y a los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas un documento titulado “Análisis del momento político nacional, desde el punto de vista militar”.

En este texto Prats aseguraba que “las FF AA están integradas en un 80% de su personal por una planta de tendencia política centro-izquierdizante, no proclive al marxismo”. “El 90% del contingente habitual de las FF AA es juventud de procedencia obrera y campesina; el 10% restante es estudiantado de clase media. En general, no hay conscriptos (reclutas) de la clase alta”

También indica que “la conciencia profesional de las FF AA las constituye en un factor de poder tradicionalmente marginado de la política contingente y seguro salvaguardia del imperio de la Constitución y de la legalidad”.¹²

Carlos Prats y René Schneider mantenían profundos lazos de amistad. “René Schneider es un amigo a toda prueba. De profunda vocación profesional, su evidente inteligencia y el sentido común con que afrontaba los más complejos problemas, daban una sensación de seguridad y confianza en sí mismo, que estimulaba la solidaridad de quienes le colaborábamos en tareas específicas. De costumbres austeras y gran sensibilidad, sabía aflojar las tensiones de su cargo concentrándose en sus escasos momentos libres en la lectura, la música clásica o pintando al óleo, su afición favorita”.

El 13 de marzo de 1970 se inició un Consejo de Generales, con la presencia

entre otros de Prats (general de división) y Augusto Pinochet (general de brigada). Según el relato de Prats, en aquella reunión Schneider dejó claro que, ante el confuso panorama político interno, las Fuerzas Armadas debían mostrar “una posición muy clara, y nítida y precisa y que no puede ser otra que el apoyo decidido al proceso legal del cual somos garantes frente a la nación. Debe asegurarse que el proceso legal culmine sin inconvenientes y apoyar al candidato que sea elegido, ya sea por la voluntad popular o en el Congreso, si no obtiene la mayoría absoluta”.¹³

Entre las elecciones del 4 de septiembre y la elección del nuevo presidente, Carlos Prats recibió presiones para encabezar un golpe de estado. “El jueves 10 (de septiembre), me visita un destacado personero de los oficiales en retiro quien, después de algunas vacilaciones, va al grano y me pregunta si las FF AA ‘están dispuestas a salvar al país’. Le contesto que el pensamiento de los Comandantes en Jefe es estrictamente constitucional y que todos los mandos están en la misma postura”.¹⁴

El 22 de octubre un grupo de extrema derecha apoyado por la CIA intentó secuestrar a Schneider, que resultó herido de gravedad y falleció tres días después. “Siento un intenso dolor ante una tragedia del gran amigo y me siento como si rodara por un negro precipicio, en medio de una vertiginosa iluminación de imágenes siniestras en que se alternan multitudes enloquecidas y despavoridas que gritan desaforadamente en medio del agudo traqueteo de ametralladoras y el ronco estallido de bombas”.¹⁵

El 24 de octubre la Cámara de Diputados y el Senado, reunidos en Congreso Pleno, eligieron Presidente de la República a Salvador Allende, que prestó

juramento el 3 de noviembre Allende. Aquella tarde, los tres comandantes en jefe y el general director de Carabineros visitaron al presidente electo en su domicilio. Era la primera vez que Carlos Prats conversó con Salvador Allende.

A las ocho de la mañana del día siguiente René Scheneider sufrió un paro cardiaco y falleció en el Hospital Militar. “Contemplo acongojado su noble rostro y experimento una pena indescriptible, mientras médicos y enfermeras atienden el cadáver del querido amigo de tantos años y excelso cultor de las nobles virtudes militares”, escribió Prats. Tres años después, el 11 de septiembre de 1973, Allende, en sus últimas palabras al pueblo chileno, contrapuso el ejemplo de este militar al de los golpistas.

El 27 de octubre Eduardo Frei nombró, sin consultar a Allende, nuevo comandante en jefe del ejército a Carlos Prats, que prometió mantener de manera inflexible “la misma línea doctrinaria defendida por Schneider con el sacrificio de su vida”.¹⁶

5. LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO.

Días después de ser investido presidente, Allende confirmó al general Prats como comandante en jefe del Ejército. Este, pocos días después, difundió una circular interna llamada “Definición Doctrinaria Institucional”: “La función del Ejército es exclusivamente profesional; es la misma mantenida con firmeza en el pasado, ratificada por el General Schneider en momentos críticos del acaecer nacional y confirmada taxativamente por el Comandante en Jefe infrascrito desde que asumió su cargo. El sentido profesional de nuestro Ejército ha sido su mayor virtud cívica y una garantía inobjetable de la vigencia del mandato popular”.¹⁷

Por otra parte, desde el primer momento Salvador Allende dejó claro a los partidos de la UP que iba a ejercer todas las atribuciones exclusivas que le concedía la Constitución en cuanto a las Fuerzas Armadas, sin admitir intromisión alguna.

En las elecciones municipales de abril la Unidad Popular logró el 50% de los votos, cinco puntos más que en 1967. La fuerte redistribución de los ingresos, el descenso notable del desempleo y de la inflación, las primeras expropiaciones y nacionalizaciones y la profundización de la reforma agraria explican este excelente resultado de la Unidad Popular. Entonces, las relaciones de la coalición gobernante con la DC aún oscilaban entre el enfrentamiento y la aproximación, a causa del interclasismo y la ambigüedad ideológica de ésta.

En mayo de 1971, en su primer Mensaje ante el Congreso Pleno, Allende afirmó: “Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas -particularmente al humanismo marxista- y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno”.¹⁸

En este contexto el 8 de junio la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) asesinó a Edmundo Pérez Zujovic, ministro del Interior con Frei y destacado militante demócratacristiano. La VOP era supuestamente de extrema izquierda, pero la UP aseguró que recibía apoyo económico y logístico de la CIA.

Este asesinato creó un abismo entre la DC y la UP. Aunque la formación de un gran bloque de gobierno UP-DC era imposible sin que hubiera rupturas en ambas, sí era viable entonces, y fundamental ya que la UP estaba en minoría en el

parlamento, que la Democracia Cristiana apoyara proyectos importantes de reforma económica, como se intentó después sin éxito.

Este clima propició el acercamiento de la DC al PN: en julio, en unos comicios para elegir un diputado por Valparaíso, la oposición se unió por primera vez en un solo bloque y el Partido Nacional apoyó a un candidato de la derecha democristiana, que venció por poco.

Carlos Prats describe con detalle las consecuencias del magnicidio: “La indignación del Partido Demócrata Cristiano, ante la trágica muerte de tan relevante personero de sus filas, se traduce en el distanciamiento de esta colectividad del gobierno, y en el predominio de su ala conservadora. Se rompe, además, el acuerdo existente, desde la gestación de las ‘garantías constitucionales’, según el cual la Democracia Cristiana mantenía la Presidencia del Senado y la Unidad Popular la de la Cámara de Diputados, lo que posibilitaba un equilibrio parlamentario”.

“En la Cámara de Diputados es elegida, ahora, una nueva mesa demócratacristiana, con el apoyo de la derecha, dándose así los primeros pasos de un entendimiento de la oposición. Esta se había mantenido dividida, por las reminiscencias del duro enfrentamiento parlamentario que el Gobierno de Frei sostuvo con la derecha y con la izquierda”, explica Carlos Prats.¹⁹

El 11 de julio de 1971, el Congreso Pleno aprobó por unanimidad, y con la ausencia de 42 parlamentarios del Partido Nacional y de la derecha democristiana, la nacionalización de la gran minería del cobre. Después de examinar las inmorales ganancias que las multinacionales norteamericanas habían logrado durante décadas, el Gobierno chileno decidió no indemnizarles. Fue una de las

medidas más importantes de la UP ya que el cobre reportaba el 70% de los ingresos por exportaciones del país. Allende solía decir que el cobre era “el sueldo de Chile”.

Las compañías afectadas no aceptaron la llamada “Doctrina Allende”. Por ejemplo, en Nueva York, la Anaconda logró embargar las cuentas bancarias y los bienes de compañías estatales chilenas. Además, se redujo el precio internacional de este mineral y, en 1971, Chile perdió 140 millones de dólares. A partir de la nacionalización del cobre, la oposición decidió bloquear de manera sistemática en el parlamento todas las iniciativas legislativas presentadas por el Ejecutivo.

Además, la crisis económica empezó a notarse a finales de 1971. Su principal causa fue el bloqueo financiero diseñado por el gobierno norteamericano, presidido por el republicano Richard Nixon: los préstamos y créditos de todos los organismos financieros dirigidos por los norteamericanos fueron cancelados y las empresas de este país suspendieron las importaciones, ampliaron sus exigencias para el pago de la deuda externa, embargaron los envíos de cobre... Además, en 1972 el precio internacional del mineral rojo cayó en picado.

Por otra parte, el Gobierno de Allende también cometió errores en las expropiaciones y en la gestión de industrias, bancos y explotaciones agropecuarias. La expresión más cotidiana de la crisis económica fue el desabastecimiento, fomentado por el acaparamiento de productos por parte de los comerciantes y militantes de la oposición.

6. FRACASAN LAS NEGOCIACIONES ENTRE LA UP Y LA DC.

La primera mitad de 1972 estuvo marcada por el fracaso de las negociaciones entre el gobierno y la DC para la definición de las áreas de la economía, uno de los conflictos más importantes del último año y medio de gobierno de la Unidad Popular.

Prats explica muy bien aquel proceso: “Sin contar con una legislación específica sobre la materia, el gobierno había logrado colocar bajo el control del Estado –ya sea por adquisición, aumento de la participación estatal en las sociedades anónimas o por la aplicación de las disposiciones vigentes sobre requisición o intervención- unas 80 empresas de la producción, de carácter infraestructural, de servicios o financieras. Ellas, sumadas al centenar de empresas estatales anteriores al actual gobierno, significaban más de 180 empresas bajo tuición estatal, de las 35 mil existentes”.²⁰

El 5 de enero de 1972 Carlos Prats presidió una importante reunión de los directores de todas las escuelas militares y de comandantes de las unidades. Allí de nuevo expuso su conocida doctrina sobre el papel de las Fuerzas Armadas: “En el actual Estado de Derecho chileno, nuestro Ejército respeta la norma de la subordinación del poder militar al control civil; es leal al gobierno legítimamente constituido y lo respalda. No compete al Ejército calificar las situaciones conflictivas que surgen en el libre juego de una democracia constitucional, regida por los tres Poderes del Estado”.

“Rechazamos todo conato de intromisión política en nuestras filas; por lo tanto, tampoco deliberamos ni nos pronunciamos en los asuntos de política contingente. La unidad y la cohesión del Ejército es vital para su propia supervivencia como cuerpo armado; el factor fundamental de ellas es el ejercicio invariable del

profesionalismo apolítico”²¹. Prats invitó a Allende a esa reunión para que explicara “directamente su pensamiento a todos los jefes con responsabilidades de mando de tropas”.

Según este general, el presidente de la República “expone con franqueza la política militar del gobierno, dejando en claro su pensamiento político sobre la seguridad nacional, su confianza en el profesionalismo castrense y su convicción de la necesidad de participación de las FF AA en las grandes tareas del desarrollo como fuerzas vivas que tienen una contribución importante en el logro de la independencia económica”.

“Reitera, finalmente, que no aceptará la formación de grupos paramilitares de los extremismos de derecha o de izquierda, porque el gobierno confía en la lealtad y en la doctrina no deliberante de las FF AA y Carabineros, que deben ser el único brazo armado de una democracia”.²²

Durante aquellos tres años, el general Prats recibió presiones casi a diario para que las Fuerzas Armadas intervinieran en la política nacional. Así, “el jueves 18 de mayo (de 1972) me llama por teléfono Orlando Sáez (presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, la gran patronal chilena), quien me dice que ‘el Ministro Vuskovic empezará el lunes a apoderarse de la línea blanca (las empresas textiles Mademsa-Fensa-Famasol-Electromecánica-CIC-Coresa)’ y que la designación de interventores creará graves problemas. Me pide que proponga interventores militares”.

“Le respondo que se trata de un problema político-económico en que no cabe injerencia al Ejército y que sería contraproducente involucrar a la Institución en el

manejo económico de estas empresas; pero que, en todo caso, representaría su preocupación al gobierno”.²³

A finales de mayo, la Unidad Popular venció en la elección del Consejo Directivo Nacional de la Central Unica de Trabajadores. La lista comunista obtuvo un 31%, la DC un 27% y la socialista un 26,5%.²⁴

En junio, tuvo lugar el llamado Cónclave de Lo Curro, en el que el Gobierno decidió dar un viraje a su política económica, viraje que avivó y definió las diferencias en el seno de la UP. Desde entonces, el comunista Orlando Millas sustituyó a Pedro Vuskovic (independiente que después se afilió al PS) como “cerebro” económico del gobierno.

La nueva política económica apostó por consolidar lo avanzado en el Area de Propiedad Social (empresas nacionalizadas), corregir los errores en la conducción de empresas del APS y aumentar su producción, así como la agrícola y la del cobre, e imponer una mayor disciplina laboral. Allende, el Partido Comunista y el Partido Radical apoyaron este viraje, mientras que el Partido Socialista y el MIR los criticaron.

Desde las elecciones municipales de abril de 1971 empezaron a percibirse diferencias entre los distintos partidos de la Unidad Popular sobre la estrategia que debía seguir el Gobierno. En mayo de 1972 dichas discrepancias aparecieron de manera pública por primera vez ya que durante dos días, y pese a la oposición de Allende, militantes del MIR y de los partidos de la UP (salvo el Comunista, el Radical y la API) y de la oposición se enfrentaron en las calles de Concepción.

En julio, ese sector de la UP y el MIR organizaron una Asamblea del Pueblo en Concepción, en la que criticaron la actuación del Gobierno y propusieron una línea

alternativa²⁵. De nuevo Allende coincidió con la posición del Partido Comunista al asegurar que aquellos hechos beneficiaban a “los enemigos de la causa revolucionaria”.

“El régimen institucional actual debe ser profundamente cambiado porque ya no se corresponde con la realidad socioeconómica que hemos creado. Pero será cambiado de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo a través de los mecanismos democráticos”, aseguró el Presidente.²⁶

Por su parte, Carlos Prats visitaba con frecuencia guarniciones de provincias. El 2 de septiembre “vuelo en avión de regreso a Santiago con la sensación desagradable de quien está ‘arando en el desierto’, al apreciar que en la mentalidad de los mandos medios y subalternos se percibe ya la psicosis del marxismo”.²⁷

7. LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1972.

En agosto de 1972 el Partido Nacional, la Democracia Cristiana y otros tres partidos de oposición afirmaron en declaración conjunta que “en Chile no existe ya verdadera democracia”. Diez días después Allende reveló detalles de las acciones antigubernamentales que se preparaban: se pretendía paralizar el país con una huelga de camioneros, dificultar el tráfico de la marina mercante, atentar contra las vías férreas y puentes y provocar levantamientos militares.

El 3 de octubre, la Federación de Estudiantes de Enseñanza Secundaria, controlada por la Democracia Cristiana, se declaró en huelga en protesta por la política educativa de la Unidad Popular. El 8 de octubre, la Confederación

Nacional de Dueños de Camiones declaró un paro nacional indefinido a partir del día 8 de octubre, provocando el desabastecimiento de las ciudades. Durante todo la huelga patronal, los camioneros siguieron cobrando sus salarios con dinero proveniente del gobierno norteamericano.

Esta crisis se sostuvo sobre la base de la organización y movilización de sectores de la clase media (comerciantes, transportistas, profesionales y estudiantes secundarios), que fue sumida en “un clima de enorme inseguridad como consecuencia de la estrategia de las reformas económicas”.²⁸

Cuando el caos se adueñaba de Chile, llegó la respuesta de una clase obrera consciente y organizada que se volcó en apoyar a su gobierno. Desde el 15 de octubre la FECH y estudiantes de secundaria afines a la Unidad Popular ayudaron a mantener el abastecimiento de Santiago.

El 17 de octubre se unieron al paro patronal algunos gremios de empleados de banca, de ingenieros, de abogados, médicos, químicos... y la FEUC y la Federación de Estudiantes Secundarios. Mientras tanto, los trabajadores desarrollaron numerosas iniciativas para mantener la producción y el funcionamiento del país.

Nacieron los Cordones Industriales, que aglutinaban a los trabajadores de una misma zona y los Comandos Comunales, que reunían a representantes sindicales, de los cordones, los centros de madres, juntas de vecinos, estudiantes, las juntas de abastecimiento y precios (creadas en julio de 1971, aseguraban el aprovisionamiento de los alimentos esenciales y denunciaban y requisaban los acaparamientos)...

Estos organismos (conocidos como “el poder popular”) fueron impulsados por “el polo revolucionario” (integrado por el PSCh, MIR, parte del MAPU e IC), que nació en aquel momento. Junto con la neutralidad militar, la respuesta de los trabajadores fue esencial para derrotar a la burguesía.

La solución política a la crisis de octubre llegó con la entrada en el Gobierno de Carlos Prats, comandante en jefe del ejército, y de otros dos militares constitucionalistas. “El sábado 21 de octubre, el Presidente Allende reúne en La Moneda al Ministro de Defensa Tohá, al Almirante Montero, al General Ruiz, que recién llega de su viaje al exterior, al General de Carabineros Sepúlveda y a mí”.

“Analiza las duras alternativas del desarrollo de las huelgas, en las que no logra perspectivas de apertura del diálogo y nos expresa, en términos generales, que piensa que podría verse en la necesidad de requerir la colaboración de las FF AA en funciones de gobierno. No es más explícito ni ninguno de los presentes pretendemos nadar contra la corriente”.

Al día siguiente, Allende citó a Prats y le pidió su opinión sobre la insinuación que les había hecho, “señalándome que piensa que un representante de cada Institución Armada debería incorporarse al gabinete, como una fórmula que posibilite una mayor identificación del pueblo con las FF AA, para frustrar la intentona golpista que caracteriza la huelga nacional que tiene paralizado el país”.

“Soy franco ante el Presidente para señalarle que, en mi opinión, el país está ya dividido en dos sectores irreconciliables, que se enfrentan con absoluta intransigencia. Que, en los momentos que se viven, hay una especie de equilibrio entre el poder de masas que representa la UP y el poder económico, que todavía detenta la oposición”.

“Añado que creo que dos tercios de la oposición actual aceptan los cambios que propugna el gobierno, si éstos se realizan con pleno respaldo de las garantías democráticas. Luego, aparece evidente la necesidad de una especie de armisticio político, que comprometa a la oposición a apoyar al gobierno en sus esfuerzos por superar la crisis económica y neutralizar el bloqueo imperialista, así como el gobierno debe ofrecer las más amplias garantías de continuar en la aplicación de su programa, sujetándose respetuosamente a la Constitución y a la Ley”.

“Sobre esta base sería factible una contribución directa de las FF AA a las labores de gobierno. En cambio, la mantención del esquema actual colocaría a las FF AA en una situación de abanderamiento político, que provocaría su división”.²⁹

El 1 de noviembre Allende reunió al ministro de Defensa y a los comandantes en jefe “y nos plantea su impostergable necesidad de designar un gabinete cívico-militar, con un representante de cada Institución y me pide que yo asuma el Ministerio del Interior, sin perjuicio de mis funciones de Comandante en Jefe. Al Almirante Montero y al General Ruiz les solicita el nombre de un almirante y un general, para que ocupen las carteras de Obras Públicas y Transportes, y Minería, respectivamente”.

“Queda en claro que nuestra incorporación al gabinete no implica compromiso político para las FF AA y que su fundamento radica en la situación de emergencia que vive el país y en la necesidad urgente de restablecer la normalidad pública”. Prats también expone con claridad el objetivo de la entrada de los militares en el Ejecutivo: “Mantener la paz social, neutralizando el enfrentamiento inminente dentro de la comunidad nacional. También indico que hay que asegurar la libertad

y pureza de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y garantizar la continuidad del Gobierno Constitucional”.³⁰

Sin embargo, la prensa opositora criticó con dureza su decisión. “Si el Ministro Prats entiende que su leal colaboración con el Presidente de la República, en su calidad de militar y apolítico, es una función meramente pasiva y no política, nuestro deber es decirle con franqueza que está equivocado”, aseguró el diario demócratacristiano *La Prensa* el 19 de diciembre de 1972.

Mientras el Partido Comunista respaldó la decisión de Salvador Allende, el “polo revolucionario” cuestionó la entrada de los militares en el gobierno. El MIR incluso aseguró que supuso una claudicación de la UP ante las Fuerzas Armadas. El 6 de noviembre finalizó el paro patronal, que costó a Chile más de 200 millones de dólares.

En sus memorias, el general Prats describe con lucidez los efectos que tendría la “crisis de octubre” en 1973: “Los problemas de la frágil y asediada economía chilena ofrecen una perspectiva pavorosa que pocos chilenos vislumbran con claridad, a comienzos de noviembre de 1972. El aumento de la demanda, la aguda escasez de divisas, el desorden administrativo provocado por 25 días de paralización del aparato estatal, la creciente falta de repuestos y piezas para la maquinaria industrial, debilitan considerablemente el ritmo de la producción”.³¹

El 7 de noviembre, en un programa de televisión del canal de la Universidad Católica, que apoyaba a la oposición, Prats expresó una vez su respeto al Gobierno de la Unidad Popular: “Este es un Gobierno Constitucional. El gobierno tiene el legítimo derecho de aplicar el programa que está desarrollando. Y el

Presidente Allende ha sido bastante enfático al decir que este programa de la UP –que lo conoció todo el país en la campaña preelectoral- lo está desarrollando dentro de la Constitución y de las leyes”.³²

8. LAS ELECCIONES DE MARZO DE 1973.

“El año 1973 se inicia con duros ataques de la prensa y radio de oposición en mi contra. No soy, indudablemente, un ministro dócil a los intereses contrarios al gobierno, aunque no puede acusárseme, tampoco, de ser un instrumento incondicional del gobierno”, explica en sus memorias el general Prats.³³

El 9 de febrero, se produce otro hecho importante que Prats explica con su claridad habitual: “El Congreso Nacional sanciona la Reforma Constitucional que establece que por Ley se determinarán ‘las empresas de producción de bienes y servicios que integrarán las áreas social y mixta de la economía’, y que también por Ley deben determinarse ‘las empresas cuya administración corresponderá únicamente a los trabajadores que laboren en ellas en forma permanente, cualquiera que sea el área que integren dichas empresas’”.³⁴

Finalizado el paro de octubre, la oposición miró hacia las elecciones parlamentarias del 4 marzo de 1973. Su objetivo era lograr dos tercios de los senadores para destituir a Allende mediante una acusación constitucional. Pero la Confederación Democrática, que dirigían la Democracia Cristiana y el Partido Nacional, sólo alcanzó el 54,7% de los votos, diez puntos menos que en 1970, y el Partido Federado de la UP logró un sorprendente 43,4%, siete puntos más que en 1970.

A juicio de Prats, el resultado logrado por la Unidad Popular “significó una victoria política incuestionable, pues desarticulaba la posibilidad de que el control del poder se desplazara al Parlamento”.³⁵

Salvador Allende destacó que este resultado era el mejor logrado por un gobierno en los últimos 20 años tras 27 meses de gestión. La Unidad Popular afrontó los comicios en un contexto difícil por los problemas de abastecimiento, agravados por la crisis de octubre, por sus crecientes diferencias internas y por el conflicto institucional.

Este conflicto consistía en el bloqueo sistemático de las iniciativas legislativas de la UP por parte de la mayoría parlamentaria, la estrategia de las acusaciones constitucionales contra ministros de Allende y la actuación de un Poder Judicial conservador que casi siempre favorecía a la oposición.

“A las 23:00 del lunes 5 de marzo, recibo una carta manuscrita del Presidente Allende. En una parte me expresa: ‘En su condición de Ministro del Interior, usted ha debido soportar una carga mucho más pesada que la que normalmente recae sobre el Jefe del Gabinete, porque los enemigos de nuestra democracia lo han elegido como uno de sus blancos predilectos, sobre el cual lanzan sus ataques más enconados, a la vez que dedican sus halagos más intencionados”.

“Frente a ello, usted ha demostrado una inmovible lealtad a la tradición de las Fuerzas Armadas. Como soldado del Ejército de Chile, usted comprende y vive nuestro proceso, sin haber alterado la inmovible línea profesional de nuestros Institutos Militares”.³⁶

El 27 de marzo, Prats y los otros dos ministros militares abandonaron el Ejecutivo al considerar que se habían cumplido sus objetivos. “Había terminado

una dura experiencia, durante la que recibí ataques despiadados o destemplados, y aplausos sinceros o interesados. (...) En particular conocí muy de cerca al Presidente Allende, quien me dedicó muchas horas de análisis y, pese a la gran distancia que nos separaba en el aspecto ideológico y en cultura política, aprendí a respetarlo como gobernante y a apreciarlo como ser humano”.

“En la primera de estas calidades, lo vi concentrar todos sus esfuerzos y capacidades en beneficio de la causa popular, anteponiendo su interés por la justicia social a las conveniencias programáticas o electorales de la combinación de partidos políticos que lo sustentaban”.

“En la segunda calidad, conocí un hombre de gran confianza en sí mismo, hasta orgulloso si se quiere, pero abierto a escuchar, sensible a las franquezas del interlocutor, socarrón frente a los ‘asentidores’ y sin acopio de odios, ni hacia sus más enconados enemigos políticos. Su larga trayectoria en las lides parlamentarias y electorales lo había inmunizado contra la adulación y la injuria. Su vitalidad lo proveía de una extraordinaria capacidad de trabajo y sabía alternar con filosofía los largos momentos tensos y amargos, con el breve placer mundano de una charla insustancial”.³⁷

Tras abandonar el Gobierno, “me enfrasco en los variados asuntos institucionales, que mi subrogante, el General Pinochet, había manejado con sentido de responsabilidad y lealtad, liberándome durante mi gestión ministerial del fardo de problemas del mando que a toda hora pende de las resoluciones del Comandante en Jefe”.

Según un informe confidencial de la Sociedad de Fomento Fabril, tras el resultado de las elecciones legislativas del 4 de marzo el país tenía “como única

salida la guerra civil y el enfrentamiento”³⁸. Después de estas elecciones, la oposición se inclinó por el golpe de estado para derrocar a Salvador Allende.

A partir de entonces el Gobierno de la Unidad Popular denunció el peligro de la instauración de un régimen de corte fascista y la posibilidad de una guerra civil, mientras que la oposición declaró en repetidas ocasiones que éste era ilegal. El principal incidente del periodo fue una huelga de 75 días de trabajadores del complejo minero cuprífero El Teniente, financiada por Estados Unidos, que causó graves pérdidas económicas al país y que enroló, por primera vez, a sectores muy minoritarios pero estratégicos de la clase obrera en las filas de la sedición.

9. EL OCASO DE LA REVOLUCIÓN CHILENA.

El 29 de junio se sublevó la unidad blindada más importante de Santiago. Dos días antes el diario *El Mercurio*, portavoz de la derecha chilena, publicaba un artículo titulado “Llamamiento a la gente sensata” en el que se decía: “La democracia es un mito y una aberración, y seguramente la fuente más copiosa del trastorno político que estamos padeciendo (...) Para llevar a cabo esta empresa política salvadora hay que (...) entregar a un corto número de militares escogidos la tarea de poner fin a la anarquía política”.

Este alzamiento, sofocado por Prats y los militares leales, evidenció la ausencia de una fuerza militar propia de la Unidad Popular y dejó claro que las organizaciones populares tenían importancia militar sólo si se dividían las FF AA.

Desde el golpe fallido del 29 de junio hasta el 11 de septiembre, las relaciones

entre las Fuerzas Armadas y el Gobierno se deterioraron a causa del fracaso de un nuevo gabinete con participación militar, de la aplicación de la Ley de Control de Armas contra las organizaciones de la izquierda, la denuncia por el almirantazgo de un plan izquierdista de infiltración en la Armada y la campaña de desprestigio del general Prats. Además, el 27 de julio fue asesinado el comandante Araya, hombre de confianza de Allende en la Armada junto con Raúl Montero.

Durante el invierno austral de 1973, Allende buscó, con apoyo del Partido Comunista y la oposición del “polo revolucionario”, un acuerdo mínimo con la Democracia Cristiana que salvara la democracia. Pero ésta, dirigida desde mayo por su sector derechista, puso condiciones inaceptables, entre ellas que los militares coparan las principales carteras del Gobierno.

Prats también consideraba necesaria una salida política a la crisis que vivía el país y así lo explicó a los dirigentes de todas las organizaciones. Así, por ejemplo, el 8 de julio mantuvo un encuentro con Eduardo Frei, entonces presidente del Senado y líder moral de la DC. “Analizamos la situación del país. Por mi parte, le repito mi tesis de la salida política que requiere incuestionablemente de un entendimiento del gobierno con la DC”.

“Sus opiniones se centran en afirmarme que la DC ha ofrecido su colaboración y que están ‘dispuestos a aceptar garantías mínimas, si se disuelven los grupos armados y se ofrece un gabinete capaz de ordenar el país’. Añade que ‘no se puede dialogar, cuando el adversario pone la metralleta sobre la mesa’. Por mi parte, le afirmo que de los grupos paramilitares se encargan las FF AA, pero que es fatal esperar de éstas una intromisión política en el gobierno”.

A principios de agosto, mientras empezaba otro paro patronal de camioneros, se recrudeció la ola de atentados terroristas: entre el 23 de julio y el 5 de septiembre, se perpetraron 1.015 atentados, uno por hora, con un saldo de 10 muertos y 117 heridos.³⁹

El 3 de agosto el ministro de Defensa, el socialista Clodomiro Almeyda, explicó a Prats que el fracaso de las negociaciones del Gobierno con la DC colocaba de nuevo al Presidente en la alternativa de llamar a las Fuerzas Armadas al gobierno. El 9 de agosto el comandante en jefe del ejército asume la cartera de Defensa y, al día siguiente, designa al general Augusto Pinochet como comandante en jefe subrogante del Ejército.

El martes 21 de agosto unas 300 mujeres, entre ellas varias esposas de generales y jefes en servicio activo y en retiro, se concentraron ante el domicilio de Prats y entregaron una carta a su mujer, Sofía. En pocos minutos, la concentración reunió a unas 1.500 personas, que insultaron al general.

A primera hora del día siguiente, “converso con el General Pinochet y le expreso que estoy dispuesto a olvidar el triste episodio de ayer, si los generales me expresan públicamente su solidaridad. Eso es lo que interesa en las circunstancias críticas que estamos enfrentando, ya que las reacciones de histeria femenina no pesan en mi ánimo para las relaciones de servicio. Pinochet se manifiesta muy dolido y me asegura que hará cuanto esté de su parte por obtener una definición favorable de los generales”. A las doce de la mañana, “Pinochet me informa que ha fracasado, porque sólo algunos generales están dispuestos a firmar una declaración de solidaridad”.⁴⁰

El 22 de agosto la Cámara de Diputados aprobó, con los votos de la Democracia Cristiana y del Partido Nacional, una declaración donde acusaba al Ejecutivo de haber violado de manera permanente la Constitución para instaurar “un sistema totalitario”. Pocas semanas después, la junta militar reivindicaría este acuerdo para legitimarse.

Allende aseguró que este acuerdo “no tiene validez jurídica”, pero simbolizaba “la renuncia por parte de algunos sectores a los valores cívicos más esenciales de nuestra democracia”⁴¹. Radomiro Tomic, candidato de la DC en las elecciones presidenciales de 1970, admitió en 1975 que fue “el golpe de gracia para la destrucción del sistema”.⁴²

“La lectura del texto me produce una extraña desazón. Pienso que este documento es como un hachazo decisivo, con el que se cercena en dos partes el tronco de la comunidad nacional”, escribió Carlos Prats en sus memorias en referencia a esta declaración aprobada por la oposición. Además, consideraba que era “un cheque en blanco” para los militares que apostaban por un golpe de estado.⁴³

El 23 de agosto, ante su desprestigio y la insubordinación de algunos generales, Prats presentó su renuncia a su cargo de ministro y a la jefatura del Ejército, al igual que otros dos destacados militares legalistas, Guillermo Pickering y Mario Sepúlveda.

Al comunicarle su decisión a Allende, éste intentó persuadirle de que no se retirara. “El insiste en que no debo dejarme doblegar por la intriga y la maquinación política (...).) Lo convengo, cuando le manifiesto que si yo continuara

en mi cargo de titular, tendría que solicitarle que aplicara su facultad presidencial contra doce o quince generales, y esa medida iba a precipitar la guerra civil. En tal caso, sería yo el culpable de la sangre que se derramara entre hermanos y él sería el cómplice principal”.

“Le añado que, por mi parte, no estoy dispuesto a ensangrentarme las manos y, en cambio, si me sucedía el General Pinochet –que tantas pruebas de lealtad me había dado- quedaba una posibilidad de que la situación crítica general del país propendiera a distenderse. Esto le daba la *chance* de contar con tiempo a él, como Presidente, para lograr el buscado entendimiento con la DC y, a su vez, le daba a Pinochet plena independencia para llamar a retiro a los dos o tres generales más conflictivos”.⁴⁴

Prats recibió el afecto de Allende, Neruda, de buena parte de la izquierda chilena, de dirigentes democratacristianos como Tomic o Fuentealba y “numerosa correspondencia de diferentes organizaciones populares que me emocionan, porque reflejan el sentimiento de los humildes de nuestra Patria, que nada pueden esperar del halago a un soldado que dejó las filas de su Institución, después de servirla más de cuarenta años”.⁴⁵

Allende nombró nuevo comandante en jefe del ejército a Pinochet. Según el entonces embajador norteamericano en Chile, el 22 de agosto Pinochet había asegurado a Allende: “Señor Presidente, sepa por favor que yo estoy dispuesto a dar mi vida en defensa del gobierno constitucional que usted encarna”.⁴⁶

Ni siquiera el Partido Comunista recordó que Pinochet fue el responsable del campo de concentración de Pisagua en enero y parte de febrero de 1948, cuando los comunistas eran perseguidos y encarcelados en Chile. Como el eje de la

política militar de la Unidad Popular era la confianza en el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas, la actitud del comandante en jefe del ejército era decisiva.

Joan Garcés asegura que “Allende recibió unas FF AA cuyo equipo, doctrina y entrenamiento estaban por completo en manos de EE UU. Para la sociedad latinoamericana renacionalizar en 1970 su Defensa era tan difícil como recuperar sus principales recursos naturales”⁴⁷. Además, sólo entre 1966 y 1973, 1.182 oficiales chilenos fueron adiestrados y adoctrinados en la Escuela de las Américas.⁴⁸

10. EL GOLPE DE ESTADO.

El 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende tenía previsto convocar a la ciudadanía a un plebiscito para aprobar o rechazar una reforma constitucional que profundizaría la democracia chilena y reforzaría el papel de los trabajadores en la perspectiva de continuar el camino hacia una sociedad socialista en la que estarían garantizados el pluralismo político y las libertades de la oposición. El domingo 9 por la mañana había explicado este proyecto a Augusto Pinochet, que aquella tarde decidió sumarse al golpe de estado que ya preparaban los jefes de la Armada y la Fuerza Aérea.

A las seis de la mañana del martes 11, empezaron los movimientos militares para derrocar al gobierno constitucional. Según el entonces embajador norteamericano, “Pinochet fue el último de los actores principales en ocupar su lugar”.⁴⁹

A las siete y media, Allende llegó a La Moneda. A las nueve y media, el compañero presidente se dirigió por última vez a su pueblo a través de Radio Magallanes y pronunció aquellas hermosas e inolvidables palabras: “Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”.

Carlos Prats se enteró del levantamiento militar a las ocho y cuarto de la mañana por la radio. “Oigo, parcialmente, la alocución pronunciada con voz serena, que el Presidente Allende dirigiera al país. Luego empiezo a escuchar los bandos de la ‘Junta de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile’. Me siento profundamente consternado ante el súbito y fatal derrumbe de tantos valores y principios, presintiendo, con horror, cuánta sangre se derramará entre hermanos”.

“La tenaz lucha sostenida para impedir que el Ejército se dejara arrastrar a la destrucción de su profesionalismo institucional, había sido estéril. (...) Pienso en la terrible responsabilidad que han echado sobre sus hombros mis ex-camaradas de armas, al tener que doblegar por la fuerza de las armas a un pueblo orgulloso del ejercicio pleno de los derechos humanos y del imperio de la libertad”.

“Medito en los miles de conciudadanos que perderán sus propias vidas o las de sus seres queridos. En los sufrimientos de los que serán encarcelados y vejados. En el dolor de tantas víctimas del odio. En la desesperación de los que perderán su trabajo. En la desolación de los desamparados y perseguidos, y en la tragedia íntima de los que perderán su dignidad”.

“Presiento que mis ex-camaradas de armas jamás recuperarán en vida la paz de sus espíritus, atenazados por el remordimiento de los actos concupiscentes en que se verán fatalmente envueltos y por la angustia ante la sombra de las venganzas, que les perseguirá constantemente”.⁵⁰

Sobre las doce un par de aviones *Hawer Hunter* lanzaron 18 misiles *rockets* a un palacio que carecía de defensa antiaérea. A la una, los militares traidores ya habían entrado en La Moneda. Allende ordenó a sus acompañantes que se entregaran. Según el testimonio de Patricio Guijón, uno de sus médicos, el compañero presidente se suicidó en el Salón Independencia de la sede presidencial a las dos menos cinco de la tarde. Cumplió su promesa de que no entregaría al fascismo el poder que el pueblo libremente le había otorgado.

Mientras tanto, las direcciones de los partidos de izquierda, ante la imposibilidad de oponer resistencia, entraron en la clandestinidad. La resistencia, muy débil, se concentró en algunas fábricas y poblaciones.

La junta militar inventó el llamado *Plan Z* para justificar el golpe de estado: las Fuerzas Armadas “tuvieron que intervenir” para evitar que se instaurara una dictadura marxista en Chile. También publicó el *Libro Blanco sobre el cambio de gobierno en Chile*, donde insistía en estas mentiras. Fue una operación de desinformación fabricada por colaboradores de la CIA.

“Seríamos poco sinceros con nosotros mismos y con nuestro pueblo, si no expresáramos nuestro más profundo pesar por el papel que algunos funcionarios gubernamentales, instituciones y grupos financieros privados desempeñaron en la subversión contra el gobierno anterior de Chile, del Presidente Allende, elegido democráticamente, y que fue derrocado por el golpe militar del 11 de septiembre

de 1973”, aseguró en marzo de 1977 Brady Tyson, subjede de la delegación de Estados Unidos ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.⁵¹

Durante los mil días de la Unidad Popular, Estados Unidos dio apoyo económico y cobertura ideológica a toda acción contra el Gobierno constitucional chileno: atentados, paros de camioneros y comerciantes, financiación de grupos fascistas (Patria y Libertad), financiación de los partidos opositores y de sus medios de comunicación, bloqueo financiero para hacer “aullar” a la economía chilena, en palabras del propio Nixon, ayuda para fomentar la subversión dentro de las Fuerzas Armadas... El Comité de los 40, encargado de aprobar las acciones secretas del gobierno norteamericano, destinó 9.250.166 dólares para todas esas actividades.⁵²

El 4 de diciembre de 1972, en su inolvidable discurso ante la Asamblea General de la ONU, el compañero Presidente ya había denunciado las acciones norteamericanas para desestabilizar a su Gobierno, que había convertido a Chile en un “Vietnam silencioso”, y acusó “ante la conciencia del mundo a la ITT de pretender provocar en mi patria una guerra civil. Esto es lo que nosotros calificamos de acción imperialista”.⁵³

El Partido Nacional apoyó el golpe y también la Democracia Cristiana, a excepción de una docena de dirigentes (como Bernardo Leighton, Renán Fuentealba, Radomiro Tomic, Andrés Aylwin...), que el 14 de septiembre hicieron una declaración, publicada en el extranjero, de rechazo al alzamiento militar y de respeto a la memoria de Allende.

Antes del golpe, en las paredes de Santiago apareció una pintada: “Ya viene

Yakarta”, en alusión a la matanza de medio millón de comunistas en Indonesia.

Durante la dictadura de Pinochet, según el Informe Rettig, 1.102 personas fueron detenidas y *desaparecidas* y otras 2.095 fueron asesinadas, entre ellos varios ciudadanos españoles, como Carmelo Soria, Michelle Peña, Antonio Llidó, Joan Alsina...

Sin embargo, las organizaciones de derechos humanos aseguran que más de 50.000 personas fueron asesinadas, entre 600.000 y 800.000 sufrieron torturas, unas 100.000 fueron encarceladas y un millón debió exiliarse. El Estadio Nacional, Villa Grimaldi, Tejas Verdes, Isla Dawson, Cuatro Alamos, Ritoque, el Estadio Chile, Chacabuco, Pisagua... fueron algunos de los escenarios del genocidio. El almirante José Toribio Merino, miembro de la junta, llamó “humanoides”, no humanos, a las víctimas de la represión.

Las imágenes de los *Hawer Hunter* bombardeando La Moneda, donde murió Allende, de los detenidos, de las hogueras de libros, de los tanques en las calles de Santiago conmovieron al mundo. Era el final de la democracia más antigua de América Latina y de la esperanzadora “vía chilena al socialismo”. Y el comienzo de una dictadura de 17 años, cuya pesada herencia aún soporta hoy el pueblo chileno.

11. EL EJEMPLO DE CARLOS PRATS.

El 15 de septiembre Carlos Prats y su esposa Sofía partieron hacia su exilio en Argentina. “Son las nueve de la mañana, y mientras recorremos el breve trecho hasta el túnel, contemplo con inmensa nostalgia, hacia el poniente, la serpiente

cordillerana, descendente hacia el corazón de Chile. Al hundirme en las sombras del túnel de Las Cuevas, mi corazón es sacudido por una emoción profunda. ¿Volveré algún día a estar junto a los míos, en el querido terruño, disfrutando libremente del derecho a la placidez de mi retiro?”⁵⁹

No les dejaron retornar a Chile. El 30 de septiembre de 1974, agentes de la siniestra Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), en el marco de la Operación Cóndor, asesinaron a Carlos Prats y Sofía Cuthbert colocando una bomba en su automóvil.

Hoy, cuando Chile aún soporta la pesada herencia de la dictadura, es necesario rescatar del olvido la trayectoria profesional del general Prats. Las Fuerzas Armadas conservan privilegios antidemocráticos fruto del pacto sellado por la dictadura con los sectores moderados de la oposición.

Así, los militares nombran a cuatro de los nueve senadores designados, que acompañan en el parlamento a Pinochet, senador vitalicio. Las Fuerzas Armadas también se quedan con el 10% de los beneficios de las ventas de Codelco (la empresa estatal que explota una pequeña parte de la minería del cobre).

Además, la Constitución vigente, impuesta por Pinochet en 1980 y que pervive con algunas reformas aprobadas en referéndum en 1989, concede la tutela del sistema institucional a los militares.

Asimismo, muy pocos de los responsables de las terribles violaciones de los derechos humanos que se cometieron durante la dictadura han sido juzgados y, por obra y gracia de la Ley de Amnistía, son apenas una docena los condenados. La impunidad reina en Chile, aunque se han presentado ya casi treinta querellas criminales contra Pinochet, la primera de ellas interpuesta por Gladys Marín,

secretaria general del Partido Comunista y candidata de la izquierda para las elecciones presidenciales del 12 de diciembre.

Por si fuera poco, los militares no sólo no han pedido perdón sino que han continuado insultando la memoria de sus víctimas. Por suerte, la detención de Pinochet en Londres y su cada vez más probable extradición a nuestro país ha atemperado su soberbia.

Frente a los militares chilenos de hoy, emerge el ejemplo de Carlos Prats, un general comprometido con la defensa de la democracia, respetuoso con la lucha del movimiento obrero, consciente de la necesaria subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil en un régimen democrático.

Su papel durante los mil días de gobierno de la Unidad Popular le convierte en una imprescindible referencia para quienes luchan por que en Chile que los militares pierdan su privilegiada posición y se sometan de nuevo a los representantes elegidos por el pueblo.

12. NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Entrevista a Tomás Moulian. Santiago de Chile, 6 de agosto de 1997.
2. Garcés, Joan E.: *Soberanos e intervenidos*. Siglo XXI. Madrid, 1996. p. 138.
3. Smirnow, Gabriel: *Chile, 1970-1973. La revolución desarmada*. Era. México, 1977. p. 153.
4. Drago, Tito: *Chile, un doble secuestro*. Complutense. Madrid, 1993. pp. 46-47.
5. Kramer, Andrés M.: *Chile, historia de una experiencia socialista*. Península. Barcelona, 1974. p. 43.

6. *La tragedia chilena*. Merayo. Buenos Aires, 1973. p. 365.
7. Prats González, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*. Pehuén. Santiago de Chile, 1985. p. 49.
8. Drago, p. 34.
9. *Soberanos...* pp. 143-144.
10. *Covert Action in Chile, 1963-1973*. Senado de Estados Unidos. Washington, 1975. p. 25.
11. *Partido Comunista del Uruguay y formación del frente de izquierda*. Indal, nº 2. Caracas, 1972.
p. 161.
12. Prats, p. 139.
13. idem, p. 147.
14. idem, pp. 169-170.
15. idem, p. 184.
16. idem, p. 191.
17. idem, p. 195.
18. Debray, Régis: *Conversación con Allende*. Siglo XXI. México, 1974. p. 67.
19. Prats, pp. 209-210.
20. idem, p. 223.
21. idem, p. 240.
22. idem, p. 241.
23. idem, p. 263.
24. Garcés, Joan E.: *Allende y la experiencia chilena*. Ariel. Barcelona, 1976. p. 51.

25. Moulian, Tomás y Garretón, Manuel Antonio: *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile, 1970-1973*. Educa. San José (Costa Rica), 1978. pp. 71-72.
26. *Chile Hoy*, nº 8. 10 de agosto de 1972. p. 8.
27. Prats, p. 286.
28. Moulian y Garretón, p. 77.
29. Prats, p. 304.
30. idem, pp. 309-310.
31. idem, p. 312.
32. idem, p. 320.
33. idem, p. 339.
34. idem, p. 362.
35. idem, p. 538.
36. idem, p. 367.
37. idem, pp. 374-375.
38. *La tragedia...* p. 23.
39. Politzer, Patricia: *Altamirano*. Santiago de Chile, 1989. p. 116.
40. Prats, pp. 476-480.
41. Garcés, Joan E.: *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*. Siglo XXI. Madrid, 1974. p. 13.
42. *Chile, 1970-1973. Lecciones de una experiencia*. Tecnos. Madrid, 1976. p. 239.
43. Prats, pp. 483-484.
44. idem, pp. 485-486.

45. idem, p. 492.
46. Davis, Nathaniel: *Los dos últimos años de Salvador Allende*. Plaza & Janés. Madrid, 1986. p. 209.
47. *Soberanos...* p. 38.
48. *Covert Action...* pp. 27-33.
49. Davis, p. 220.
50. Prats, pp. 512-513.
51. Drago, p. 35.
52. *Covert action...* pp. 58-61.
53. *Salvador Allende. Obras Escogidas, 1970-1973*. Crítica. Barcelona, 1989. pp. 343-344.
54. Prats, pp. 515-516.

13. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

- **Covert Action in Chile, 1963-1973**. Senado de Estados Unidos. Washington, 1974.
- **Chile, 1970-1973. Lecciones de una experiencia**. Tecnos. Madrid, 1976.
- Davis, Nathaniel: **Los dos últimos años de Salvador Allende**. Plaza & Janés. Madrid, 1986.
- Debray, Régis: **Conversación con Allende**. Siglo XXI. México, 1974.
- Drago, Tito: **Chile, un doble secuestro**. Complutense. Madrid, 1993.
- Garcés, Joan E.: **Soberanos e intervenidos**. Siglo XXI. Madrid, 1996.
- idem: **Allende y la experiencia chilena**. Ariel. Barcelona, 1976.

- idem: **El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende.** Siglo XXI. Madrid, 1974.
 - Kramer, Andrés M.: **Chile, historia de una experiencia socialista.** Península. Barcelona, 1974.
 - **La tragedia chilena.** Merayo. Buenos Aires, 1973.
 - Moulian, Tomás y Garretón, Manuel Antonio: **Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto político en Chile, 1970-1973.** Educa. San José (Costa Rica), 1978.
 - **Partido Comunista del Uruguay y formación del frente de izquierda.** Indal, nº 2. Caracas, 1972.
 - Politzer, Patricia: **Altamirano.** Santiago de Chile, 1989.
 - Prats González, Carlos: **Memorias. Testimonio de un soldado.** Pehuén. Santiago de Chile, 1985.
 - **Salvador Allende. Obras Escogidas, 1970-1973.** Crítica. Barcelona, 1989.
 - Smirnow, Gabriel: **Chile, la revolución desarmada.** Era. México, 1977.
-

